

UN PAR DE SUGERENCIAS EN TORNO A LA INVESTIGACIÓN LEIBNIZIANA EN ESPAÑA

Bernardino Orio de Miguel

1. *El peligro de «trocear» el pensamiento de Leibniz*

A diferencia de la mayoría de sus contemporáneos hoy generalmente bien conocidos, casi todos ellos hijos del Cartesianoismo, Leibniz elabora una ciencia no sólo matemáticamente deductiva sino «suprgeométrica», circular, donde la experiencia y la razón (no la «razón», sino la «razón del orden», a de Volder GP.II 168s, 181) convergen en principios «metafísicóteros» (GP.II 213, 219s; a Joh. Bernoulli GM.III 542, 544s), donde «muchos bellos axiomas se encuentran reunidos, sin que sepamos cuál de ellos es el más primitivo» (Theod. n.347, GP.VI 321). Si esto es así, el inevitable «troceado» que solemos hacer de su pensamiento —inevitable como inevitables son nuestras limitaciones y legítima la focalización de problemas específicos— puede conducirnos, casi sin darnos cuenta, como por inercia, a una malcomprensión radical de su visión del mundo y, en consecuencia, a un desenfoque de lo que de más sustancial puede Leibniz aportarnos hoy. Nunca como aquí los árboles podríamos impedirnos ver el bosque.

No se «trocea» o «focaliza» impunemente a Leibniz, como quizás puede hacerse con Descartes, Locke, Hume, Wolff o Kant. Leibniz requiere una óptica distinta; en él, cada parte es todo, cada parcela focalizada reproduce o expresa el sistema todo. No insistiré en este problema por todos conocido y, más o menos, sugerido por todos en nuestros respectivos escritos. Sin embargo, creo yo, seguimos estudiando a Leibniz con mentalidad postcartesiana, con «ojos mecanicistas» o, si se me permite, bajo el paradigma o con la mentalidad anglosajona.

Urge, me parece a mí, un debate serio entre nosotros sobre la epistemología leibniziana; sobre los parámetros o axiomas, explícitos y no explícitos, que gobiernan su visión del mundo; sobre el modo como entiende la racionalidad; sobre el lugar que ocupa la experiencia y la deducción matemática en su sistema, completamente distinta de la de Descartes, de la de Newton, de la de Galileo, incluso diferente de la de Kepler. Si esta afirmación mía fuera correcta o, al menos, plausible, no bastaría con estudiar los conflictos que enredaron a Leibniz con sus contemporáneos en torno a nociones tales como sustancia, extensión, materia, cuerpo, inercia, elasticidad, fuerza, etc, para, al final, arrinconarlo en el olvido con su frustrada genialidad, ante el acoso imparable del nuevo paradigma mecanicista. Se trataría, para entenderle bien, de elaborar una hermenéutica holística... ¿Cómo es posible que un hombre de tan inmenso talento, de tan sutil capacidad dialéctica para desmontar conceptos, tan sagaz y clarividente del futuro, se empeñara en no querer ser «moderno» o entender la modernidad de otra manera? ¿Qué pasaba por su cabeza? ¿Qué quería conservar? ¿Por qué en el fragor de los debates sobre conceptos que compartía

con sus amigos y con sus oponentes, se empeña en traducirlos a otro orden que superaba y retorció los datos de la experiencia y las deducciones de la matemática? ¿Por qué, tras descubrir y compartir al alimón con Johann Bernoulli los hallazgos del nuevo cálculo y de la nueva Dinámica, necesitaba trasladar a su fiel amigo a los terrenos metafisicóteros, casi como a una secta? (GM.III 500). ¿Por qué fracasó su correspondencia con de Volder, donde el pobre holandés no entendía nada? Si había que volver a Aristóteles, ¿por qué la «substancia» de la Escuela le era insuficiente y necesita doscientas páginas para hacérselo ver a Des Bosses? ¿Qué sentido tienen sus efluvios y rememoraciones platónicas con Rémond, o su anclaje incomprensible en la «preformación orgánica de los animalculos o semillas desde el origen del mundo» («en los que se contiene ya la mónada dominante misma», como le dice a Bourguet, GP.III 565), a fin de que no haya, en rigor, ni nacimiento ni muerte? ¿Qué significa todo este lenguaje alambicadamente esotérico? ¿Por qué no hay forma de entenderse con Clarke, tan piadoso él?... Sólo bajo una concepción sistémica del quehacer de Leibniz tienen respuesta estas preguntas.

Pero estas preguntas, y otras muchas que gustosamente formularé, si ha lugar, en las sesiones de este encuentro, me llevan a la segunda sugerencia que aquí me gustaría hacer.

2. Las fuentes como objeto de investigación.

Y mi segunda sugerencia es que este «troceado mecanicista antiholístico», en el que podemos caer, es debido a que se ha olvidado o relegado como inútil, anticuada, poco filosófica, poco moderna, secundaria, tangencial... una afirmación esencial que recorre y vertebra, desde que era niño hasta su muerte, todo el pensamiento de Leibniz: «la vie est répandue par tout». Si todo está transido de vida y actividad hasta en sus más insignificantes porciúnculas, es claro que, cualquiera que sea la estrategia del filósofo para explicarlo todo mecánicamente en las fuerzas derivativas de los fenómenos, éstos tienen su fundamento real en una estructura orgánica que, ineludiblemente, es deudora de la tradición vitalista, la cual es, sin duda, más ancha, poliédrica y libre que la doctrina de Aristóteles o de la Escolástica. El modelo de los organismos es el paradigma sistémico de todo el quehacer intelectual del filósofo, aplicable analógicamente en todos los órdenes del saber (ciencia) y del hacer (ética y política).

Desde esta perspectiva, la comprensión del pensamiento de Leibniz requiere, de manera radicalmente distinta que en el caso de sus famosos contemporáneos, una investigación seria DE SUS FUENTES. Y no sólo porque, en general, ésta es siempre útil sino porque, a diferencia de Descartes, él asume «la Tradición» como objeto de investigación y de vida, porque lo «traditum» es lo «perenne» y, por eso, hay que conservarlo y purgarlo de adherencias que nos lo devalúen con peligro de quedarnos sólo con lo «efímero» (GP.III 624s). Sin tradición no hay filosofía ni ciencia en Leibniz. Todo su empeño consistió en hacer inteligible la Tradición: el cálculo, la lógica, la Enciclopedia, la Característica «nos sirven» para ello. Apurando el concepto, podríamos parafrasear aquello de que «lo que no es tradición es plagio» o aquel verso de Borges: «sólo una cosa no hay: es el olvido»; o sea, la potencia infinitamente innovadora de la memoria porque en el universo todo está dado; mas no como pensaban Newton o, luego

Laplace o Voltaire, sino donde «todo» —lo dice a Joh. Bernoulli, GM.III 535s— no es «un» todo, una unidad, un mecanismo, un concepto, sino la infinita recursividad exponencial del ser, el Efecto Completo in fieri de la Causa Plena («Quid sit Idea», GP.VII 264: «Et quodammodo mundus ipse raepresentat Deum»).

Pero esta Tradición, huelga ya decirlo, no es sólo Aristóteles o Suárez o el P. Capella... no es este autor o aquél, ni esta Escuela o la otra, sino el siempre inacabado y caleidoscópico precipitado (¿podríamos decir «alquímico»?) que la experiencia vital de las generaciones pasadas nos van dejando para que nosotros reconstruyamos —renovemos— nuestro presente; o también, la siempre inacabada aproximación asintótica de la vida hacia el infinito.

Tampoco insistiré en este concepto que, sin duda, todos compartimos. Pero, si esto es así, la historiografía leibniziana en España —o en lenguas hispanas— está prácticamente todavía por estrenarse en este terreno. Hasta donde llegan mis lecturas o, en este momento, mi memoria, no sólo no se ha elaborado de manera algo sistemática el modo como Leibniz visualiza, incorpora y reconstruye los regueros que le llegan de la Tradición para hacerla nueva, sino que carecemos de trabajos monográficos parciales que, como es sabido, son previos —en este caso, siempre bajo la idea epistémica de Tradición— a cualquier síntesis que quiera ser medianamente válida.

Entiéndaseme bien, por favor; lo último que desearía en este momento es ofender a nadie, cosa que, consciente de mis propias limitaciones e ignorancias, me horroriza. Sé además —ahí están los nombres— que se han hecho y se están haciendo trabajos muy valiosos, donde puede uno encontrar incursiones más o menos coyunturales en las fuentes de Leibniz. Lo que yo echo en falta —si es que la hipótesis de la Tradición como objeto de investigación de la persona Leibniz es correcta— es un planteamiento sistemático, un proyecto a mayor plazo, pluralidad de enfoques convergentes. De Anaxágoras a los Estoicos y a la Escuela de Florencia en el Renacimiento; de Platón a Plotino, Proclo, el Ps-Dionisio, Eriúgena, el M. Eckhardt hasta los Platónicos de Cambridge; la mística alemana; de Pitágoras a Cardan y Cusa; del gnosticismo (cristiano y kabbalista) al hermetismo de los alquimistas, los Rosacruces y los Paracelsistas; del pensamiento chino a los constructores de lenguajes, como Biesterfeld, Alsted, Dalgarno o Izquierdo etc... Leibniz no sólo cita —a veces bien, a veces mal—, no sólo acepta o rechaza —a veces espada en mano—, no sólo incorpora y reformula múltiples motivos de todas estas corrientes más o menos esotéricas o, incluso, alocadas. Mi hipótesis es más fuerte: yo creo que la brutal e inmisericorde ruptura de Leibniz con el Cartesianismo y con los Newtonianos y la construcción de su «Nuevo Sistema» no es cabalmente inteligible sin la incorporación y precipitado de estas tradiciones, de esta Tradición. Quiero decir, toda su ingente investigación matemática y física, toda su labor lógica y semiótica, todos sus desvelos políticos confluyen aquí. El modelo vitalista, que Leibniz radicaliza en los últimos veinte años de su vida, es la confluencia —aquí incluido Aristóteles— de la «Prisca Sapientia», vale decir, de lo más «perenne» de la «effimera» modernidad.

Mi experiencia en algunos de estos terrenos me permite afirmar —ahora con total seguridad— que el horizonte es amplísimo y las sorpresas literalmente increíbles y fascinantes.

Bien sería de desear que quienes tienen responsabilidad y poder académico fomentaran entre los jóvenes el estudio de estos rincones menos conocidos del pensamiento de Leibniz. Un cierto sucursalismo intelectual, una no confesada confusión acerca de lo que significa ser moderno o estar al día en el mundo mediático-comercial de lo efímero, puede bloquearles a ellos, a los jóvenes, el disfrute de las fuentes.

* * *

Bernardino Orio de Miguel
bernarorio@msn.com